

dictado, manchara mis manos al firmarlo; sobre todo, sin ningún remordimiento. Y si al estado que guarda la República á mi salida del Gobierno, he tenido la dicha de contribuir en algo, no pido á mis conciudadanos otra recompensa, que la de que no sea mi nombre maldecido, así como á los que entran dignamente á regirla, y á quienes yo seré el primero en acatar, no pido otra que un lugar en las filas de los que han de combatir contra los enemigos de la Nación que me dió el ser.

México, 24 de Diciembre de 1846.—*J. Mariano de Salas.*

ANTONIO LOPEZ DE SANTA-ANNA, GENERAL DE DIVISION, BENEMERITO DE LA PATRIA Y PRESIDENTE INTERINO DE LA REPUBLICA, A LOS MEXICANOS.¹

¡Compatriotas! Consiguiente á las solemnes promesas que había hecho desde que volví al seno de la patria en Agosto del año último, decidido enteramente á respetar la voluntad nacional, cualquiera que ella fuese, había dedicado toda mi atención á la defensa del país, á sostener su independencia amenazada, á restituir á nuestras armas su antiguo brillo, mancillado con los últimos reveses, y exterminar al enemigo que ha pretendido y pretende borrar á México del catálogo de las naciones. Ampliamente satisfecho con el honor de exponer mi vida por la patria, y tal vez no sin esperanza de adquirir renombre inmortal, afianzando para siempre su gloria, colocándola en el puesto prominente que debe ocupar entre los pueblos civilizados, de esta parte del globo, vine á tomar el mando del Ejército, en aquellos días de amargura y sobresalto en que parecía, no sin razón, más difícil la defensa del territorio, quebrantada como lo estaba la moral del soldado y perdido casi todo el material de guerra que poseíamos. Bien conocía lo arduo y peligroso de la empresa; los riesgos y compromisos de todo género que me esperaban, de resultas de la anterior discordia, y que apenas quedaban en pie unos cuantos cuerpos, que conservaban todavía algún resto de instrucción y disciplina: que se hallaba exhausto el Erario Nacional, extinguidos todos los recursos ordinarios, amortiguado el espíritu público y cansados todos de las funestas repetidas revueltas que se han sucedido sin cesar en el largo período de más de veinticinco años; pero estaba resuelto á sacrificarme por mi patria, y sin vacilar eché sobre mis hombros una responsabilidad inmensa. Cercado de dificultades como había previsto, y luchado con mil y mil obstáculos, sin que me fuera dado vencerlos, y ni aun hacer para lograrlo todo aquello que como mexicano, y General amante de su país y de su honor me parecía conveniente y necesario, me afijía profundamente considerándome como el centro de todas las esperanzas, y temblaba al contemplar cuán ligados andaban con mis destinos los de la patria que me es tan querida. Una sola falta de mi patria podía hundirla para siempre en el abismo de la ignominia; y era tan fácil de cometerse como difícil de repararse atendida la escasez absoluta de los medios necesarios para resistir á un enemigo que en todo nos aventaja, menos en el valor y decisión para afrontar el peligro. Solamente el Supremo Gobierno era sabedor de mis congojas y temores, cuidando yo de darle parte de todo, poniéndole continuamente á la vista el cuadro lastimoso de las penalidades que sufría el Ejército, y suplicándole, sin cesar, que arbitrara recursos con que cubrir las muchas y muy urgentes atenciones que me rodeaban; pero evitaba dar publicidad á mis fre-

¹ El General López de Santa-Anna, electo el 6 de Diciembre de 1846 Presidente Interino, por el Congreso, tomó el mando del Ejército, y ejerció el Poder Ejecutivo el Vicepresidente Gómez Farías, desde el 24 de dicho mes, hasta el 21 de Marzo de 1847.

cuentas y casi diarias comunicaciones, temeroso de que se interpretara siniestramente mis palabras, y más aún de que conociendo por ellas el enemigo lo angustiado y difícil de nuestra situación, cobrase más ánimo y se arrojara á mayores empresas. Instalado el Supremo Congreso extraordinario, tuve cuidado de elevar á su conocimiento una sencilla relación de mi conducta, manifestándole á la vez la necesidad de recursos para la guerra, si ésta debía de proseguirse como parecía natural. Creía yo merecer con una tan hidalga conducta la estimación de todos mis conciudadanos, quienes por lo mismo que no debieran ignorar la verdad de las cosas, no podrían menos de apreciar en todo su valor lo que pudiera haber de noble y de grande en mi tranquila resignación: mas por desgracia he visto que me equivoqué, y que lejos de concederme compasión, si ya no elogios, se me prodigan denuestos y vituperios. Se me acusa de apatía y de inacción; se supone que veo con fría indiferencia los males de la Patria; y aun ha pasado á tanto el exceso de algunos, que se han atrevido á presentarme como un traidor á los ojos de todo el mundo.... ¡oh dolor! ¡Yo que he derramado mi sangre por la Patria, como no lo han hecho sin duda mis calumniadores! ¡Yo que he encanecido sirviendo con constancia y lealtad á la Nación! ¡Yo, con honrosas cicatrices y mutilado en el campo de batalla! Yo.... Faltábame este ultraje, y ya se me infiere. ¡Mexicanos! Los que así se producen son los traidores, porque infaman y desacreditan á la Patria. Podré haber errado, habré cometido mil faltas en mi vida publica: pero mi corazón siempre ha sido de mi país, y en la gloria y prosperidad de éste he cifrado la mía. No, yo no puedo ser un traidor.

Sin embargo, yo no podría ya callar cuando se me hacen cargos tan tremendos, cuando tan graves y tan odiosas acusaciones se me dirigen por algunos periódicos de la Capital; el silencio se traduciría como falta de respuesta, como un reconocimiento de la culpa. Voy, pues, á hablar, ya que así lo exigen mi honor tan atrozmente vulnerado, el honor del país que se mancillaría con los crímenes de sus hombres públicos, y el del Ejército que está á mis órdenes, el cual difícilmente escaparía de la fea nota de complicidad, en la inacción ó perfidia de su jefe. Si para vindicarme tengo necesidad de revelar alguna cosa, que yo más que nadie habría deseado que permaneciese oculta, me excusará esa misma necesidad en que me han puesto mis enemigos; suya será la culpa, pues me provocan, no mía, que no hago más que repeler sus malignos ataques.

Y con todo, si yo no atendiera en la presente ocasión más que á las voces del honor ofendido, si otra causa más poderosa todavía no me moviera, acaso proseguiría como hasta ahora, guardando el más profundo silencio, que no ignoro que las más veces haya heroísmo en el sufrimiento y en la resignación. Pero debo hablar, cuando no para vindicarme, para evitar que se cometan errores, que traerían muy funestas consecuencias. Porque á fuerza de censurar lo que se llama apatía ó inacción mía y del Ejército, de ponderar con suspicaz malicia mis supuestas faltas, y de repetirse diariamente semejantes acusaciones, se extravía la opinión del pueblo, apartándole la atención de ahí en donde más debiera fijarla. Se le señala como verdadera causa de sus padecimientos, lo que no es tal vez sino efecto de élla, y de esto ha de resultar necesariamente que no acierte con el remedio que debiera aplicarse. Siempre el error produce males gravísimos; pero en materia de Estado son mayores que en cualquiera otro, aunque no sea por otra razón, sino porque son más los que experimentan sus efectos. Nuestra situación es crítica y delicada por demás; invadidos por un enemigo poderoso que ocupa ya la mitad de nuestro suelo, no podemos menos de sostener la guerra á que tan sin razón se nos ha

provocado; pues sólo así y sosteniéndola con ardimiento, es como podremos salvar la independencia, y con élla el decoro nacional. Para nosotros no hay medio: ó triunfamos ó sucumbimos con gloria. La paz en el estado á que han venido las cosas, nos llenaría de ignominia, puesto que no podría menos de ser dictada por el acero victorioso del invasor. En tan graves circunstancias, en medio de un peligro como el que vamos corriendo, yo no debo permitir que la Nación ignore lo que tanto le importa saber, para buscar los medios de salvarse, la verdadera causa de esa inacción de que se me acusa; los hechos que voy á referir dirán si ha sido voluntaria ó forzosa, si yo he cumplido con aquello que pudiera exigir mi patria de mi corazón, y quién deberá responder de las desgracias que acaso puedan sobrevenir al noble pueblo mexicano. Nada exageraré, y menos es mi intento elogiarme á mí propio.

Poco tiempo había transcurrido desde mi ausencia de la República, cuando nuestros péfidos vecinos creyeron llegado el momento de consumir sus antiguos inicuos proyectos, arrebatándonos por la fuerza el fértil y vasto territorio de Texas. Redujeron á hechos lo que hasta entonces habían sido amenazas, y un cuerpo de ejército americano profanó con su odiosa presencia nuestras playas, y un pabellón extranjero ondeó sobre nuestras campiñas con mengua del honor y de la independencia del país. ¿Cómo es que no volaron los mexicanos á exterminarlos, y á lavar con su sangre el ultraje que se les hacía? ¡Oh! ¿Cuán recordaba yo en mis destierros aquellos días de eterna memoria, que al frente de mis intrépidos compañeros de armas corrí al Pánuco en defensa de la libertad que peligraba? Apenas las huestes del Rey de España habían fijado el pie en tierra, cuando rotas, deshechas como si fueran humo sus locas esperanzas de reconquistarnos, pudo México entonar su canto de triunfo, anunciando á los reyes y pueblos de la tierra que era libre y soberano, y que nunca jamás consentiría en la ignominia de la esclavitud. ¿Cómo pues ahora tanta lentitud, tanto abandono al mirar los nuevos conquistadores? ¿Eran acaso ellos más terribles, más emprendedores y aguerridos que los antiguos? ¿Se había extinguido por ventura en los pechos de los hijos de México aquel fuego sagrado, que arrancándolos del hogar doméstico los había llevado al combate mil y mil veces, y obligado á arrostrar la muerte en las batallas y en los cadalsos por sacudir sus pesadas cadenas? No: sin duda que no eran esas las causas de aquella inexplicable apatía: no era el temor á los invasores, no era degradación lo que contenía sus fogosos impulsos: ellos habrían volado á vengar el ultraje con el mismo ardor, con la misma fe con que se precipitaron sobre las falanges españolas en 1829, y los que en poco más de un mes triunfaron de la constancia y tenacidad proverbial de los hijos de Iberia, con sólo su vista habrían tenido bastante para exterminar la horda de aventureros que contra ellos lanzaba el vecino gobierno, tan ambicioso como falto de sinceridad y buena fe. Pero no hubo quien quisiera hallarlos á la pelea: la discordia agitaba sus teas incendiarias sobre nuestra tierra infeliz, y la ambición ahogaba la voz del patriotismo: engañada una parte del Ejército que había de sostener la independencia y la integridad del territorio, volvió desde el camino á conquistar para su jefe la Silla de la Presidencia, dejando al invasor el paso libre hacia los Estados limítrofes. Siguiéronse las aciagas jornadas de los 8 y 9 de Mayo, y Palo Alto y la Resaca vieron por primera vez desde la independencia contrastado y vencido el valor indómito de los soldados de Iturbide.

En tan grave conflicto se encontraba la Patria, y dió un grito de indignación contra los que ineptos ó traidores la habían conducido hasta el borde del abismo: ella, acordándose tal vez de que nunca me había mostrado yo indiferente á sus desgracias, me

llamó, proclamándome por su caudillo. Su voz llegó á donde triste y proscrito lamentaba los fatales destinos que habían cabido á la tierra preciosa, cuna de los Hidalgos y Morelos, de los Guerreros y Matamoros; y en vano querría yo ahora pintar la conmoción que al escucharla experimenté. Me veía rehabilitado de improviso, como por encanto, á los ojos del mundo todo que había presenciado mi caída: pero ni esa consideración, ni menos todavía los atractivos del Poder que se me ofrecía, tenían parte en el placer que me inundaba. ¡No, Conciudadanos! Yo os lo juro, lo único á que atendí entonces, lo que en aquellos momentos colmó los deseos más ardientes de mi corazón, fué el alto honor que se me confería, llamándome á exponer mi vida por la patria, y colocándome al mismo tiempo al frente del Ejército que había de combatir por la mejor y más justa de las causas, por el honor y la independencia de la Nación. ¿Cómo podría yo tener otros sentimientos? ¿Ni á qué más podría aspirar el hombre más ambicioso? El imperio del mundo que se me hubiera ofrecido en tan deliciosos instantes, nada me habría parecido en comparación del peligroso puesto á que me llamaban mis conciudadanos para defenderlos de la invasión. Aceleré cuanto pude mi venida, temeroso de no hallarme presente en el día del conflicto, aun exponiéndome á ser capturado por los enemigos: y mi primer acto fué obsequiar la voluntad de los pueblos, sometiéndome á ella enteramente, restituyendo á todo su vigor aquellas antiguas instituciones por las que habían suspirado y combatido más de doce años. Resuelto á no reasumir el Poder que con instancia se me ofrecía, no bien sentí algún alivio de las agudas dolencias que me ocasionaba mi antigua herida, cuando me puse en camino para la Capital de la República, no á recibir los inciensos y parabienes del triunfo, sino á promover de paso con todas mis fuerzas las medidas de hacer frente al enemigo, activando la marcha de las que habían de salir para el Interior á su encuentro: nada me quedó de hacer de cuanto me sugirió el más ardiente patriotismo. Rehusando en México de nuevo la Presidencia que con instancia volvió á ofrecérseme, me dediqué á reunir y á organizar el mayor número posible de tropas, y á vencer los obstáculos que para su pronta marcha presentaba la increíble falta de recursos. Angustiábase el corazón al ver que el tiempo volaba, que el ejército invasor traía sus pendones victoriosos hacia el centro de la República, que sólo un corto número de nuestras tropas se conservaba para contenerle en la débil plaza de Monterrey, que no era posible á causa de la distancia socorrerlas, que podían ser vencidas por la superioridad del número y del material de guerra del enemigo, y que el orgullo de éste crecería con el nuevo triunfo, menguando en proporción nuestras ya escasas medidas de defensa. Mas para que se conozca todo lo penoso de la situación, bastará consignar aquí el hecho de que habiéndose organizado no sin muchos afanes una brigada, dada la orden para que marchara al Interior, formó con este objeto en la gran plaza de México por tres días consecutivos, y otros tantos hubo de retirarse á los cuarteles por falta del dinero necesario para salir. ¿Podrá darse una situación más angustiada y comprometida que la mía, llamado á conducir á la pelea un ejército falto y desprovisto de cuanto el arte y la prudencia exigen para disputar la victoria? ¿Qué General se vió nunca tan atribulado? ¿Quién habría querido exponerse al peligro cierto de perder su reputación, tomando sobre sí los azares de una campaña, para la que todo faltaba, y enajenándose tal vez para siempre el aprecio de sus conciudadanos? Puede ser, y lo digo con demasiada confianza, que otro hubiera desmayado viendo tantas y tamañas dificultades; pero yo tengo fe en los destinos de mi patria, una fe viva, ardiente, que no se debilita ni debilitará jamás, sean cual se quieran las circuns-